

# BOCETO DEL CINICO



Ser hombre significa "ser con los demás y para los demás". Si no fuera así el hombre no hablaría. El hecho más importante y significativo del ser hombre —el lenguaje— revela la estructura dialogal de su existencia, orientada siempre hacia los demás, ligada a los demás, en comunión con los demás.

Es necesario descender hasta esa base del ser humano y hasta la misma raíz del lenguaje para que nos demos cuenta claramente de la inversión total de valores que significa una sociedad basada en la idea o en la práctica de un individualismo egoísta, aislado, hostil y en lucha competitiva y agresiva como sistema de existencia social.

La fe en que es posible una sociedad humana mutua y fraterna produce la solidaridad: contamos con los demás, nos damos a los demás, creemos que lo propio del hombre no es la agresión mutua sino la ayuda mutua. En última instancia la solidaridad es fe en el amor. Y el amor —como dice hermosamente Joseph Gevaert— "es el sacramento de la libertad". La solidaridad une rompiendo cadenas!

¿Qué clase de fe produce el mundo contrario? ¿el mundo cuya norma es la lucha competitiva y egoísta de todos contra todos y en el cual la posición y el poder se adquieren a costa de otro, o a costa de los demás?

Lo que predomina en ese mundo es más bien una anti-fe. El mundo-agresión (para llamarlo así frente al mundo-solidaridad) se ve obligado a someterse a unas normas o reglas de juego sin las cuales su sociedad se convertiría en un caos. Su anti-fe consiste en que NO CREE en ellas, pero, debiendo mantenerlas, ha inventado un sinnúmero de piruetas legalistas para saltarlas. La anti-fe ha producido así una anti-moral. Las normas son literalmente sagradas pero esto no significa que no puedan ser violadas, sino, simplemente, que hay que saber o poder hacerlo.

El tipo que produce esta anti-fe es el cinico, flor y nata del "mundo-agresión". No se trata de una resurrección del cinico antiguo sino de un ejemplar de nuevo cuño, mucho más agresivo y elemental. No el racionalista revolucionario y en cierto modo socrático de la cultura griega, sino un impulsivo cuya habilidad —o más bien astucia— consiste en equilibrar la contradicción "desfachatez-fachada". ¿Existe una máscara de cinico? Como explicaremos luego, su máscara no es otra cosa que el endurecimiento de su cara.

El cinismo es un problema de nuestro tiempo y no son pocos los autores que han intentado perfilar sus rasgos y explicarse las razones de su proliferación en el mundo actual. Nicaragua no ha sido inmune a esa epidemia pero ha folklorizado el tipo. El cinico de aquí es el fruto de nuestra historia —en tantos sentidos deformante— agravado por esa inflexible "viveza criolla" que nos ha llevado a tantos fracasos y ridículos tantos que más nos valiera una honrada estupidez.

El cinico de aquí no posee la única virtud que posee el cinico clásico: la sinceridad. Al contrario, hay una hipocresía fundamental en el cinismo de cuño nicaragüense. Aquí no se niegan frontalmente las normas o reglas del juego sino que la "viveza" del jugador consiste en saber o poder saltárselas y, además (y ésto es muy importante, en la pirueta cinica) en alardear del salto. "Me lo volé!" es la exclamación de su triunfo.

Se trata, por tanto, de una mezcla contradictoria y elemental, como antes decía, de desfachatez e hipocresía. El tradicional hipócrita —el fariseo, el tartufo— hace el mal simulando el bien; hay en su actitud, como decían los antiguos, "un tributo del vicio a la virtud". El cinico de nuestra cosecha no empaca su pecado sino que le saca un salvoconducto.

En el folklore nicaragüense hay un cuento o apólogo que revela, con profundidad popular, las raíces del cinismo de "por aquí".

Es el cuento del indio y del abogado:

"Un indio tenía una milpa de la cual vivía. Una vez al llegar a ella se encontró con que un buey había roto el cerco y se le había metido a comer sus siembros. El indio lo arreó a gritos hasta alejarlo del lugar. Al día siguiente encontró de nuevo al buey destruyéndole la milpa y cogiendo el indio una estaca lo sacó a palos hasta echarlo al camino. Al tercer día allí estaba otra vez el buey haciéndole destrozos en la milpa. Entonces el indio furioso cargó su rifle guatusero y mató al buey. Los vecinos y familiares al oír el disparo corrieron y al ver al buey muerto lo reconocieron. Ese buey era del abogado, le dicen. ¿Ya te metiste en un enredo! ¿Y qué hago ahora? —preguntó el indio afligido. —Lo mejor que podés hacer es explicarle al abogado lo que te ha sucedido y arreglarte con él.

El indio se va donde el abogado y le expone el caso. —Un buey se me metió tres veces en mi parcela y se me comió casi toda la milpa. Al ver que no hacía caso, a la tercera vez, tuve que matarlo.

El abogado, interrumpiéndolo con gran solemnidad le dice: "No tengás el menor cuidado. Todos esos libros y códigos que ves ahí en ese estante, te defienden".

Entonces el indio, cogiendo valor, agregó: —Pero es que el buey que maté era suyo.

Al oír esto el abogado, sin inmutarse y con igual solemnidad vuelve a señalar el estante: "Entonces estás perdido. Todos esos libros y códigos te condenan".

¡Media historia de Nicaragua está contenida en este apólogo. La ley —las reglas del juego— están allí, intactas, en su tabernáculo; son sagradas!, pero defienden o condenan según quien sea el dueño del buey. En el cuento parece que va a plantearse un problema de valores —¿qué vale más, la milpa del pobre o el buey del abogado?—, o un juego de pasiones: —la acción del indio y la reacción del abogado—. Pero todo permanece estático. Incluso el misterioso contenido de los libros y los códigos no se altera. Lo que cambia, lo que se mueve sorpresivamente y se convierte en el elemento activo del cuento es el cinismo: la proclamación de un poder que puede cambiar —sin tocarlas— las reglas del juego. En realidad, el truco cinico del cuento consiste en transformar la moraleja en in-moraleja. ¡Y no es otra la operación del cinismo en una cultura!

El cinico nutre su filosofía de la vida en el desprecio de las normas. Su concepto de poder (su "yo puedo") reside, no en cumplir mejor que los demás las reglas del juego, sino en incumplirlas, en poder incumplirlas y en demostrar que posee ese privilegio. Es, repito, la actitud o la conducta diametralmente opuesta a la solidaridad. El cinico no cree más que en el provecho propio y en la ganancia privada; su concepto de sociedad es el de todos contra todos que es lo opuesto a "todos para todos" de la sociedad fraternal y comunitaria.

Pero el problema social del cinismo es (como en la moraleja que se convierte en in-moraleja) que su ilegalidad legalista socava totalmente el prestigio de la ley y produce una reacción en cadena. Al indio que advierte cómo los códigos cambian, según cambia el propietario del buey, lo menos que puede sucederle es que pierda su fe en la ley. Desde ese momento comienza a ser un aprendiz de cinico.

Y la inversión de valores sigue su curso...

PABLO ANTONIO CUADRA